

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Artículo

Vocación sacerdotal y Palabra de Dios

4 de octubre de 2011

La vocación sacerdotal es como una planta: Se puede sembrar la semilla, esta puede germinar y brotar, puede crecer y madurar, y está llamada a dar fruto. La ordenación sacramental es el sello de la Iglesia, que en nombre del Señor garantiza la vocación como genuina y adulta. Pero con la ordenación no cesa la vocación de arraigar más y más en la vida del sacerdote; necesita ser cultivada siempre para que en todo tiempo se conserve viva y fecunda. La vocación sacerdotal tiene, por tanto, un antes de la ordenación y un después de la misma, que dura la vida entera. Tanto antes de la ordenación como después, Dios continúa pronunciando nuestro nombre y espera nuestra respuesta atenta y fiel. Al Dios que llama responde el hombre diciendo: "Habla, Señor, que tu siervo escucha; aquí estoy, envíame". En el itinerario de mi vocación me han ayudado y ayudan de manera particular tres textos evangélicos en el contexto de entonces y en el contexto vital mío.

1. Jn 1,35-42

«*Maestro, ¿dónde vives?*». «*Venid y veréis*». La pregunta de dos discípulos de Juan dirigida a Jesús y la respuesta correspondiente se sitúan en el comienzo de la actividad pública de Jesús, que fue anunciado y posteriormente presentado por Juan como "el Cordero de Dios". A mí me llama la atención de este

vocacional. Yo puedo decir el nombre de quien me encaminó y acercó hasta Jesús, cuándo se produjo el primer destello de la vocación y por qué valles luminosos y oscuros ha discurrido posteriormente. De ordinario la vocación de una persona ha surgido, se ha descubierto, ha sido acompañada y va madurando incesantemente con la ayuda de otras personas.

2. Lc 24,13-35

El relato de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús es literariamente muy bello y tiene actualidad frecuentemente de manera muy intensa en la vida de los discípulos. «*Todos tenemos nuestro Emaús*», nos decía D. Baldomero Jiménez Duque, rector del Seminario de Ávila durante muchos años y muy cercano al Movimiento Sacerdotal de Vitoria. Cuando acontece el desconcierto, cuando las tinieblas invaden el espíritu, cuando la esperanza padece sus pruebas, cuando el sentido gozoso del ministerio recibido se diluye, cuando el cansancio gravita penosamente sobre el sacerdote, etc., vamos camino de Emaús.

Los discípulos andan con aire entristecido, después de haber vivido los acontecimientos ocurridos últimamente en Jerusalén. Su Maestro fue crucificado hace varios días; ellos habían depositado su esperanza en el Profeta poderoso en obras y palabras, pero fue enterrado y con la piedra de su tumba fueron sepultadas también sus esperanzas. Caminan con pesadumbre. La vocación, antes de la ordenación sacramental y también después, incluso habiendo recorrido tramos gozosos y muy fecundos, puede entrar en crisis, en que todo se ve oscuro y sin sentido gratificante. Los discípulos de Jesús que vuelven a Emaús atraviesan una crisis vocacional, podemos decir. Piensan que la crucifixión del Maestro ha resuelto las cosas en el peor sentido de la palabra: fue solo un pretendido Mesías y quienes habían esperado en Él han sufrido una frustración en toda regla.

Mientras recorren el camino, comentando y lamentando lo acontecido, se les une un caminante. Cuando entablan conversación, se sienten incómodos por que les pregunte acerca de las cosas que están

3. Jn 21,15-19

Es un pasaje evangélico que presenta a los discípulos faenando inútilmente en el mar; pero fuera les aguarda alguien que viene a su encuentro. Al amanecer solo divisan una figura de hombre en la orilla. Una vez reconocido con inmensa alegría, tiene lugar un diálogo entre Jesús y Pedro. Tres veces le pregunta Jesús a Pedro si le ama; tres veces que hacen recordar a Pedro otras tantas negaciones durante la pasión del Señor, jurando y perjurando que no conocía a Jesús. Cuando llegó la hora del poder de las tinieblas sobre Jesús los discípulos se echaron fuera, abandonando al Maestro; temieron verse implicados en la suerte de Jesús. Pedro comprendió pronto que renegar del Amigo por excelencia no tenía nombre; pero el Señor lo miró compasivamente y el discípulo reaccionó llorando amargamente.

Los versículos citados contienen un examen sobre el amor de Pedro a Jesús. En este interrogatorio Pedro se ve colocado ante su fragilidad: Ni es mejor que los demás ni puede jactarse de su intrepidez y valor; solo Jesús conoce realmente el corazón de Pedro. Este examen sobre el amor y la respuesta sincera y ya humilde de Pedro preceden al encargo otorgado por Jesús a Pedro de apacentar a su rebaño. El rebaño es de Jesús, que es en verdad el único Pastor bueno. Pedro puede ser pastor porque Jesús se fía de Pedro y porque puede apacentar a las ovejas de Jesús si está unido a Él por el amor. Siempre es Jesús el que apacienta; los demás pueden pastorear en su nombre, si están unidos a Él por el amor, la confianza, la humildad y la disponibilidad a "ir donde no quieran", es decir, siendo buenos pastores con la entrega de la vida.

Todo sacerdote debe revivir constantemente este diálogo con Jesús que concluye en un nuevo gesto de confianza por parte del Señor y en una nueva disponibilidad para apacentar el rebaño de Jesús. *«Tú sabes todo, tú sabes que te quiero»*. Tú me conoces; puedes contar conmigo de nuevo.

Pedro recibió, los sacerdotes recibimos, un ministerio de confianza, a pesar de todas las defecciones. Este ministerio es un *«oficio de amor»* (san Agustín), ya que se asienta en el Señor, que se ha fiado de nosotros (cf. 1Tm 1,12-13), y en quien nosotros, siervos inútiles, hemos depositado nuestra confianza (cf. 2Tm 1,12). Porque el Señor nos ama y porque nosotros también le amamos, a pesar de todo, con-